

Sergio Magaña



OLGA HARMONY

1

El retrato escrito tiene la ventaja sobre el pictórico o el fotográfico de que no fija para siempre una imagen única del retratado. Pero es igualmente elusivo. Al intentar la exploración de interioridades y conductas queda apenas al margen de lo que podría ser el núcleo de la personalidad de quien se trate, por mucho que el retratista se esfuerce en apresar esa esencia: generalmente hablamos de alguien que nos resulta entrañable y, por fuerza, lo que digamos tendrá la medida exacta de lo que, bien o mal, poco o mucho, pudimos aprehender de esa persona, matizado por la subjetividad de nuestro afecto.

2

Sergio Magaña fue autor de inmenso talento y un hombre de gran complejidad, pleno de contradicciones. Quizás quien mejor lo intuyó—desde que era muy joven, pero con palabras que valieron para toda su vida—fue Celestino Gorostiza, que lo describió como “perdido en su soledad, buscándose a sí mismo a la luz de una inteligencia atormentada”. Y eso, en los momentos en que Sergio era un triunfante autor joven, con la boca sabiéndole a ambrosía, como escribiera mucho tiempo después Emilio Carballido. Quizás esa primera contradicción del joven capaz de saborear el éxito rodeado de personas y elogios, escribiendo con un frenesí parejo al que ponía en sus momentos de disipación, pero con una soledad interna que adivinó el maestro; quizás esa primera contradicción, repito, fue la que marcó todas sus otras contradicciones.

3

Resulta muy difícil compaginar al hombre autodestructivo que bebía hasta caerse y que perdía con frecuencia sus manuscritos con el autor celoso de su obra, al punto de quedar casi siempre insatisfecho con las escenificaciones que se hicieron de sus textos. Para mí, que lo traté fragmentariamente a lo largo de su vida, me resultó siempre contrastante el pudor con que manejaba muchos hechos de su privacidad ante algunos de nosotros y los excesos que se le llegaron a conocer o que se le inventaron.

Creo que la clave de todo ello estaba, más que en su absoluto derecho a la privacidad, en la gran seguridad que tenía en su propio talento y en la vigencia de su obra. Era ella, no su persona, la que debería importarnos a todos. Es de muchos conocida la desolación que lo llenó cuando un conocido e inteligente periodista le hizo una entrevista en la que subrayó algunas intimidades del escritor. Sergio, que en los últimos tiempos había sido muy difícil de entrevistar, aceptó pensando en volver a un primer plano; en lugar de ello, se dolía: “quedé como el maricón borrachín”. Magaña autor era lo importante. Magaña hombre, con su respetable inclinación sexual y sus dolorosos excesos alcohólicos, era un personaje secundario, el cuerpo habitado por el talento extraordinario (“era el mejor de nosotros” ha dicho una y otra vez Luisa Josefina Hernández).

4

Tocó a la juventud y primera madurez de Sergio Magaña una época en que la homosexualidad era vista como una inmensa

laca, a pesar de los desplantes de Salvador Novo que todos admirábamos. Si bien muchos de sus compañeros de generación lograron, a la vuelta de tiempos más sanos y tolerantes, exhibir sin inhibiciones su inclinación sexual, en Sergio siempre hubo una extraña renuencia, quizás por alguna malhadada experiencia temprana, que probablemente el Andrés de *Los signos del Zodiaco* refleje. Y he aquí, que a pesar de ello, en esta obra primeriza se presente por primera vez en nuestros escenarios a un homosexual y se lo trate con solidaria ternura: el mismo Novo no se atrevió a tanto en ese momento y sabemos que su *Tercer Fausto* fue escrito en francés y publicado en español cinco años después del estreno de la obra de Magaña.

Recuerdo que una vez, tras una entrevista que le hice, Sergio y yo platicamos de muchas cosas. Yo tenía entonces un grave problema personal, que él conoció por terceras personas y con todo comedimiento me habló de ello, por lo que le abrí mi intimidad. La extraordinaria delicadeza de Sergio lo obligó a ser recíproco y me confesó, con gran pudor, que era homosexual. Yo lo sabía desde muchísimo tiempo atrás, más de tres lustros, desde nuestra época de la Facultad de Filosofía y Letras. Todo el mundo lo sabía. Nunca me ha parecido una situación cómica; entendí su actitud como lo que era, una dádiva amistosa. Y también que, tras una larga conversación acerca del teatro —y tras muchos años de conocernos en este terreno—, él pensaba que sólo había sido visto por mí como deseaba ser visto por todos: como el escritor de obras memorables. Lo sentí como alguien muy lastimado y lo quise más que nunca.

5

Aunque concedió otras entrevistas después, en ese momento las rehufía con ferocidad. En Editores Unidos Mexicanos se deseaba que el volumen que recogería dos de sus obras —*Moctezuma II* y *Santísima*, que finalmente fue cambiada por *Cortés y la Malinche*— tuviera el prólogo de Dionicio Morales y una entrevista encomendada a Tomás Espinosa, joven y talentoso autor, ya fallecido y quien era un gran admirador de Magaña. Éste lo había dejado plantado varias veces y tratado con esa cierta brutalidad que se negaba a enmascarar con buenas maneras y que cobró muchas víctimas. Emilio Carballido, que estaba al frente del proyecto editorial, recurrió a mí, sabedor del aprecio que Sergio me manifestaba (y del que yo siempre estuve muy orgullosa). Ni corto ni perezoso, me comunicó por teléfono y, tras los saludos de rigor, sostuvimos el siguiente diálogo:

—No quiero entrevistas.

—Te comprometiste, Sergio, y está parada la edición por tu culpa.

—No quiero recibir a nadie. Me acabo de mudar y todo está lleno de polvo, además de que estoy muy neurótico. Háblame después.

—El polvo me lo quito con un buen baño, pero lo neurótico nunca se te va a quitar, así que dame cita.

Por fin, se decidió que la entrevista se haría en mi departamento. Aquí conviene hacer un alto para explicar las posibles razones de Magaña para negarme la entrada a su casa, lo que probablemente hizo con muchos otros conocidos. Hasta hacía muy poco tiempo había habitado un hermoso departamento en el Paseo de la Reforma, en el que sí estuve en alguna ocasión, que tuvo que abandonar por las precarias condiciones económicas que signarían sus últimos años: regresar a la colonia Guerrero significaba para él una derrota vital que sumó a todas sus amarguras. Muchos pensamos en él y en sus estrecheces finales cuando se estableció el Sistema Nacional de Creadores Artísticos, uno de cuyos primeros éxitos hubiera sido sin duda Sergio Magaña. Pero volvamos a la entrevista.

El día fijado para acudir a mi casa, me llamó por teléfono para disculparse: “me cayó un ropero, no puedo llegar”. Lo sentí tan extrañamente infantil que no pude enojarme, pero fingí gran enojo. Por fin cedió y me propuso que nos viéramos en un lugar tranquilo para tomar un café. El tranquilo lugar, que yo no conocía, resultó ser un ruidosísimo bar en el que pactamos no tomar una copa —bueno, las de él fueron varias— hasta no terminar la entrevista. Saqué una grabadora prestada que nos atemorizó a los dos y yo nunca pude hacer funcionar; por fin, con papel y bolígrafo empecé a tomar notas, casi un dictado, de lo que el vuelo increíble de su palabra despegó ante mis oídos.

6

No siempre tuvo esa facilidad para expresarse de viva voz, por lo menos no en mis recuerdos. Al principio de los años cincuentas, en el edificio de Mascarones que por entonces albergaba a la Facultad de Filosofía y Letras, en el sótano, bajo una de las arcadas estaba un café, el único habido en instalaciones universitarias y en donde mucha gente de mi generación pasó momentos memorables. Perder el tiempo en el café, como sostenían nuestros padres, en realidad era ganarlo. Allí aprendimos de algún maestro sentado a la mesa

con nosotros, mucho más que en una de las aulas. Allí velábamos las armas de nuestro futuro grandioso, por supuesto, y discutíamos de todo con una intensidad maravillosa. Atraía por igual a estudiantes de otras facultades en busca del gremio femenino, por entonces mayoritario, que a intelectuales ya consagrados. Florecíamos las muchachas a la sombra de los naranjos en flor del patio y florecían las mentes de una generación impresionante.

Los tabúes que la etiqueta imponía a los jóvenes de entonces eran celosamente respetados, por ridículos que fueran. No nos tuteábamos entre compañeros, no hablábamos las muchachas con varón que no hubiera sido presentado. Ya conocía yo a Emilio Carballido, que acababa de estrenar con todos los honores su *Rosalba y los llaveros*, lo que provocó entre todos nosotros un inusitado fervor por el teatro. No conocía, en cambio, a Sergio, quien me parecía un muchacho del montón, más bien tosco (nunca le encontré el parecido con Daniel Gelin que le otorga Carballido), aunque me despertaba bastante curiosidad porque era “alguien que escribía”. Por un azar, me tocó compartir una mesa del café con él y con otras personas; allí, Magaña nos contó que el maestro Novo le iba a montar su primera obra grande en Bellas Artes, y ya en otro lugar relaté cómo vimos con escepticismo lo que entendíamos como “el síndrome Carballido”: todo el mundo parecía a punto de estrenar en nuestro máximo teatro, aun con obras nunca escritas.

Magaña tenía una pronunciación dificultosa y carecía de la facilidad de expresión verbal que adquiriría con los años, por lo que las miradas burlonas que nos lanzábamos parecían justificadas. De cualquier manera, compartir una mesa del café podría tomarse como una presentación formal, según nuestros cánones nunca escritos, y empezamos a tratarnos. Cuando se estrenó *Los signos del Zodiaco*, que nos deslumbró a todos, ya teníamos un trato amistoso, aunque nunca íntimo.

Una treintena de años después, vimos juntos en Monterrey la reposición de esta obra con una escenificación que intentaba repetir la del estreno, incluidas música de Blas Galindo

y escenografía de Julio Prieto. Poco antes de salir rumbo al teatro, Magaña me comentó: “Si esta obra es vigente todavía, pobre de mi país”, lo que revela otra arista de su persona: la del hombre amoroso con la patria y dolido de todas sus desventuras.

Al levantarse el telón, empezó a llorar sin recato, tan fuerte era la emoción del recuerdo. En el segundo acto cesó su llanto, se irguió de repente y empezó a clamar porque, según su dicho furibundo —que se continuó, a gritos, en el



vestíbulo durante el entreacto—, le estaban estropeando su obra. Al final, cuando le fue entregada una linda figura de cristal como parte del homenaje, volvió a mostrarse conmovido.

Narro la anterior anécdota porque lo pinta en mucho. Por un lado, estaba ese apasionado desencuentro con sus directores, que casi nunca lo dejaban satisfecho con las escenificacio-

nes que hacían de sus obras, o contra los actores de las mismas que no correspondieran a lo por él imaginado para sus personajes. Su ira muchas veces se manifestó contra teatristas respetabilísimos a los que hizo blanco de las más crueles ironías públicas, tan ingeniosas y divertidas, que nos desternillábamos de la risa los que lo escuchábamos, para vergüenza nuestra porque iban contra personas que apreciábamos. Algunas de sus víctimas lo siguieron admirando, empero, como Germán Castillo, que escenificó *La última diana*, el penúltimo estreno que tuvo en vida y cuando ya estaba muy enfermo, a pesar de todo lo que había dicho de él tras la escenificación de *Santísima*.

Por otra parte, estaba el dramaturgo ávido de que se reconociera su talento. Si bien sus cuentos dispersos y su hermosa novela, *Los molinos del aire*, han sido leídos por pocos, Sergio nunca aspiró a ser “autor de culto” para minorías. Fundamentalmente dramaturgo, estaba necesitado de un público directo con el que pudiera establecer ese diálogo silencioso entre el autor y los espectadores. Pero, además, tenía una gran avidez, casi adolescente, por honores, una contradicción más de quien estaba tan seguro de su obra y lo que representaba.

9

Esto me lleva a otra escena. En *El hijo del cuervo*, Alejandro Aura le organizó uno de los pocos homenajes que tuvo en vida. Magaña agradeció leyendo —le encantaba leer en público sus textos— lo que ya tenía escrito de *La última diana*. Sacó un cuaderno como de primaria, sucio y doblado en las puntas, cubierto por su pequeña caligrafía. Con ayuda de papeles dispersos y yendo y viniendo de una página a otra, a lo escrito en los márgenes, procedió a su lectura. Muchos temimos que ese borrador pudiera perderse, lo que afortunadamente no fue así y el autor pudo ver su obra llevada a la escena.

10

Pocos recuerdan que Sergio hizo crítica en un periódico nacional. Se valía de diálogos chispeantes que entablaba con una supuesta abuela —que tenía una criada, recuerdo, llamada *Hypsipila*—, muy hilarantes pero muy dialécticos, en los que iba analizando lo positivo y lo negativo que encontraba en cada escenificación; la abuela, por lo general, era vitriólicamente negativa y sus comentarios, entre sorbo y sorbo de tequila, contrastaban con los de un nieto mucho

más conciliador. Detrás de todo ello había una sagacidad, un gran ojo para ver el teatro. Se estrenó una obra mía, *Nuevo día*, que el crítico trató con bastante benevolencia, pero hizo alguna observación de fondo —una escena narrada en lugar de dramatizada— que me caló bastante. Tiempo después, para su edición en *La palabra y el hombre*, intercalé la escena reclamada por Magaña y creo que quedó algo mejor. No sé si se lo comenté alguna vez; me parece que no y eso me pesa.

11

Se dijo mucho, en la última etapa de su vida, que despreciaba a los jóvenes. No sé por qué. Lo vi llegar muy conmovido al velorio de Julio Castillo, con el que también tuvo sus grandes diferencias, ya muy acabado y apoyándose en un joven de gran talento, Mauricio Jiménez, quien lo cuidó con devota admiración en sus días postreros. Con algunos otros, sin duda, también tuvo amistosas relaciones.

Quizás esa fama se debiera a que se negaba a poner en manos de esos grupos de muchachos —que los había entonces más que ahora—, semiprofesionales, sus textos no estrenados. También se negaba a que se editaran. La razón era la misma: el deseo del estreno profesional, la esperanza de que esos personajes, que le eran tan entrañables aun después de haberlos creado, tuvieran en escena voz y cuerpo dignos de su escritura.

12

Muy malos fueron sus últimos momentos. Enfermo, pobre y amargado. No quiero entrar en la polémica del estreno de *Los enemigos*, porque me gustó el montaje y porque el mismo autor había dado permiso para las adaptaciones que se le hicieron. Sé que quedó inmensamente inconforme y esto, sea como fuere, arrojó más sombras a su precaria situación, lo que nos entristece a muchos. Como nos indignó que las autoridades del INBA le negaron a su muerte un funeral de cuerpo presente en alguno de sus recintos, sólo porque a un entonces funcionario, con el que se había peleado y con el que no se trataba más, dijera que en sus últimos momentos había pedido que no le hicieran ningún homenaje. Fue una lástima, porque en verdad que a Sergio le gustaban los homenajes. En el fondo, no importa: aquel que yacía era sólo un cuerpo habitado por el inmenso talento que queda registrado en su obra. ♦